

Conservación/transformación. Intervenciones recientes en la Gran Vía

La Gran Vía de Madrid ha sido durante más de medio siglo la calle más dinámica de la ciudad. Desde su inicio, en 1910, hasta unos años después desde su conclusión en la década de los cincuenta, ha concentrado todos los acontecimientos más relevantes sucedidos en Madrid en ese período. Abierta sobre el caserío del centro histórico con el objeto de crear el espacio representativo del poder económico y comercial de la incipiente metrópoli, consiguió, desde su origen, representar el aspecto más cosmopolita y moderno de una ciudad todavía nada metropolitana, cosmopolita ni moderna.

El dilatado proceso de su construcción ha dado lugar a la coexistencia de los diferentes estilos arquitectónicos, un tanto monumentalizados, surgidos a lo largo de esos cincuenta años, con ejemplos significativos de la mejor arquitectura de su momento. En su espacio existen magníficos edificios de indudable valor; pero el aspecto más importante de la Gran Vía y lo que la hace la calle de la Gran Ciudad es además de su escala, la calidad constructiva y arquitectónica del conjunto de sus edificios.

En cualquier caso no se puede entender la Gran Vía como una unidad; existen dentro de ella varias y muy diferentes "granvías". Por su arquitectura es ya un tópico su división en tres tramos distintos y característicos. Pero también por sus peculiaridades sociales y urbanas podemos distinguir partes muy diferentes y contrastadas. Además habría que diferenciar cada una de estas partes según el día y la noche. La Gran Vía varía según las horas, los días y las estaciones. Es, como dice Sánchez-Ostiz, "una de esas calles que tienen de todo, sus esquinas locas y canallas, allá por la Red de San Luis, sus aceras de lujo, sus restos supervivientes de otros siglos, sus comercios prestigiosos. Hay una Gran Vía frecuen-

tada por una gente y otra por otra; pero pasar, pasan todos". Es una calle múltiple y contrastada, a la vez activa y pausada, elegante y lumpen, matinal y nocturna, cotidiana y especial...

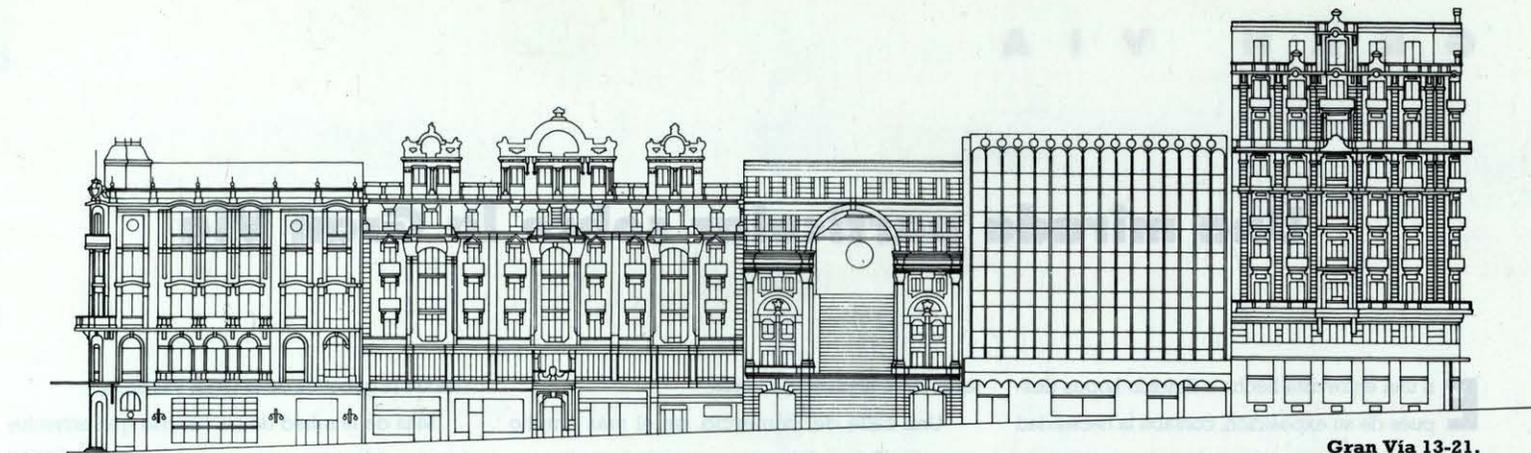
Personalmente, al pensar en ello no puedo quitarme de la mente la Gran Vía de hace treinta años. Los grandes edificios de oficinas, las grandes sedes comerciales, los comercios de lujo, las grandes cafeterías y sus terrazas, los locales míticos, Pasapoga, Chicote..., y, sobre todo los cines, los anuncios de neón, las grandes carteleras..., y los estrenos, los focos, la multitud, los artistas... Para la visión del niño de entonces eso era la gran ciudad.

Es posible que en el recuerdo esa visión esté magnificada. De todas formas pienso que hoy poco queda de ello, y lo que queda nos parece anacrónico. Las lujosas joyerías, casas de moda, perfumerías, etcétera, que aún subsisten se han quedado de un lujo avejentado; las elegantes oficinas comerciales y bancarias, lo mismo, si no han sido transformadas según el "look" funcional años sesenta, que a su vez ha quedado viejo; los hoteles, exactamente igual...; y qué decir de las increíbles agencias de líneas aéreas. El abandono del poder económico y comercial de la Gran Vía como su lugar de representación y su traslado a la Castellana, barrio de Salamanca, avenida de América, M-30, etcétera, ha provocado la progresiva tugurización de esta calle, en donde las viviendas ya no son viviendas, convertidas en inverosímiles agencias de negocios o en academias de todo tipo; en donde los cines ya no son cines; en donde los hoteles se transforman en bancos; las tiendas de lujo, en tiendas de souvenirs; los restaurantes, en museos de jamón; y las cafeterías, incluso las joyerías elegantes, en hamburgueserías. De cualquier modo, este proceso de tugurización no es nada extraordinario y es el

mismo que está sufriendo, por ejemplo, la Quinta Avenida de Nueva York en su tramo más comercial, y que llevado a su límite más pesimista e irreversible sería el sufrido por el centro de Los Ángeles y el magnífico edificio Bradbury en la película "Blade Runner".

Me he comprometido con la revista a escribir sobre las recientes intervenciones arquitectónicas en la Gran Vía. Aunque parezca hasta ahora que estoy retrasando el entrar en tema, no lo voy a eludir; pero sí confieso que siento una cierta desgana, ya que mi valoración de todas las intervenciones, no sólo las recientes, es francamente negativa. Al ser una calle acabada, todas estas intervenciones arquitectónicas, a parte de algunas operaciones de adecentamiento urbano, son reformas o sustituciones, y en todas ellas lo que sustituye tiene menos interés o es de peor calidad arquitectónica que lo sustituido. Por ello cuando seguidamente comente alguna de ellas voy a evitar citar a los arquitectos autores de las mismas.

Pocos años después de construido el último edificio de la Gran Vía, el Hotel Washington, se producía la primera sustitución. El Teatro Fontalba, obra de Teodoro Anasagasti y de su suegro López Sallaberry, se derribaba para construir en su lugar Luis Blanco Soler el edificio del Banco Coca. A su vez, la manzana "Madrid-París", también de Anasagasti, sufría importante reforma interior y una contundente elevación de cinco plantas, al igual que el espléndido edificio del número 62, de Jesús Martí. Otras notables desapariciones serán el edificio del Cine Actualidades, de Ulargui y Muñoz Casayus, sustituido por el Banco Atlántico; el Hotel Florida, de Antonio Palacios, sustituido por el Anexo de Galerías Preciados; el templete de los ascensores del Metro, igualmente de Palacios, sustituido por una pequeña fuente; y el edificio de los Almacenes Rodríguez, de Modesto Ló-



Gran Vía 13-21.

pez Otero, sustituido por el de las Cajas Rurales. En este repaso histórico, el más leve análisis comparativo apoyará mi valoración negativa.

A las anteriores intervenciones habría que añadir las continuas reformas interiores que en numerosos casos han destruido los aspectos más valiosos de muchos edificios; las reformas de los cines, en muchos casos irreversibles, que han destruido espléndidos espacios al subdividirlos; las reformas de locales comerciales, en casi todos los casos con soluciones que desfiguran el valor aparential del edificio y por consiguiente el de la calle; las construcciones de servicio en las cubiertas que provocan un progresivo deterioro de su "sky-line"; la colocación de numeroso y desordenado mobiliario urbano de escasa calidad y que hace intransitable la calle.

Sin embargo, si algún valor tienen estas sustituciones o reformas es que, en su momento, el objetivo social estaba claro y el disciplinar también; desde la arquitectura se daba una respuesta coherente a las demandas sociales, y por supuesto a las comerciales. Se tendía a modernizar una calle singular que se iba quedando anticuada, y en su propia dinámica asumía orgullosamente estas sustituciones. Se pretendía hacer funcionales los edificios de oficinas y modernos los locales comerciales, sin importar el valor de la arquitectura que se arrollaba en el cambio.

En las intervenciones recientes, por el contrario, se aprecian por un lado una confusión o desconcierto en los objetivos, y por otro la dificultad de dar respuesta desde la disciplina a la transformación de una calle tan especial. La situación de la arquitectura actual en un posicionamiento voluntariamente ecléctico y dispar, en donde "todo vale", puede proporcionar magníficas actuaciones en un contexto nuevo (y Madrid es un ejemplo extraordinario) e incluso en los monumentos

o en los centros históricos, donde después de tantos años de debate sobre criterios de intervención se ha llegado a juntar un cierto cuerpo teórico y un buen catálogo de magníficos ejemplos, pero manifiesta su impotencia en un contexto como el de la Gran Vía. Seguramente sea éste el aspecto más significativo de todas las recientes intervenciones y lo que nos mueve a desvalorarlas y a considerarlas de menor interés que la arquitectura existente anteriormente.

De entre las numerosas reformas recientes, destaco dos que creo ejemplifican la desorientación e incoherencia de actuación de cliente, arquitectos y organismos tutelares de la administración. Ante la transformación de la antigua joyería Aleixandre en una hamburguesería, la administración, con la intención de conservar el antiguo local, exige al cliente, después de concedida la licencia de obras, la convocatoria de un concurso de ideas entre cuatro destacados equipos de arquitectos. La propuesta ganadora se incorporó al proyecto inicial y se construyó, no del todo fielmente; pero el resultado final es un extraño híbrido nada logrado.

El otro caso es la insólita reforma del Banco Popular. Las oficinas de este banco en el número 67 de la Gran Vía, obra de los arquitectos Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, eran una de las pocas obras maestras, en este género, de la arquitectura madrileña del Movimiento Moderno. Construidas en los primeros cincuenta en las plantas bajas, sus arquitectos, coherentes con el espíritu de su época, realizaron un excelente espacio arquitectónico, indiferentes a la arquitectura de las plantas superiores del edificio. La reforma actual ha consistido en la total destrucción de esta magnífica arquitectura, sin que la administración emprendiera ninguna acción tutelar para su conservación, transformando su espacio interior

y construyendo unas nuevas fachadas miméticas con la arquitectura del edificio, en la intención de devolverlo a un supuesto estado inicial. No es el momento de entrar en otras intervenciones menores que se están realizando desde la administración municipal y que confirman una vez más la desorientación a que antes aludía, tales como la plantación de árboles, nueva señalización, estatua de la violetera, etcétera.

Las intervenciones recientes de mayor volumen y por lo tanto de mayor impacto son afortunadamente pocas. Es en ellas donde se manifiesta con mayor claridad el desconcierto e incapacidad de nuestro momento arquitectónico al enfrentarse con la Gran Vía. Dejando a un lado la loable aunque grandilocuente restauración de la sede de Telefónica, esto se hace evidente en el inexplicable edificio de oficinas que ha sustituido al prisma "moderno" del Banco Coca, e igualmente, aunque en otro orden, en la nueva fachada del Oratorio del Caballero de Gracia. En este caso, la intervención surgida de la decisión de la administración de resolver un grave problema urbano generado por la restauración interior del templo y la caprichosa voluntad de su arquitecto de mostrar a la Gran Vía el ábside una vez restituido. La solución construida resultará la propuesta ganadora en una consulta restringida a tres equipos de arquitectos reconocidos. La radicalidad de la propuesta y el inteligente ejercicio compositivo que se realiza son sus aspectos más encomiables; sin embargo, su inserción en la calle resulta extraña, confirmando que a pesar de su indudable interés, supone una peor solución que la desaparecida fachada urbana de la iglesia, que el arquitecto Javier de Luque construyó en 1916, tras la apertura de la Gran Vía. ■